

desgranamiento del estudio merece, a nuestro juicio, especial interés la conclusión que puede desprenderse de que el turno quizás fue funcional para pacificar internamente a la familia liberal, y resolver con ello el cáncer isabelino del exclusivismo de partido, pero con el coste de cerrar el paso a cualquier «parlamentarización» efectiva de la Monarquía, y manteniendo en reserva intocable todo el poder decisorio de la Corona en la perspectiva del modelo liberal *doctrinario*, listo para poder volver a cobrar todo su inveterado protagonismo, en cuanto la división interna de los partidos dinásticos y la pérdida de capacidad integradora menoscabasen la funcionalidad del turno.

En otro orden de cosas, el estudio tiene la virtualidad de resituarnos la importancia de la figura militar de Martínez Campos. Su especial vía de acceso y predicamento cerca de la Corona, sus decisivos despla-

mientos en el proceso de formación de los partidos turnistas, el papel de sus consejos e intervenciones en ciertas crisis ministeriales, y las circunstancias que se dieron en la crisis «militar» de 1895 en torno a los incidentes de *El Globo* y *El Resumen*, sirven para ilustrarnos sobre la continuada proyección del «pretorianismo» sobre el pretendido «civilismo» del sistema canovista, y para no hacernos olvidar que este sistema nunca podría despojarse de la sombra en su nacimiento del pronunciamiento de Sagunto.

Este estudio, en fin, por su apoyo documental, por la idoneidad del tema escogido para el estudio de la Monarquía restaurada, y el rigor de su desarrollo, se convierte en obra de obligada y destacadísima referencia para seguir los avatares de nuestra Monarquía *constitucional*.

JUAN IGNACIO MARCUELLO

Carlos Serrano

El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación,
Madrid, Taurus, 1999, 364 págs.

Carlos Serrano —Buenos Aires, 1943—, de nacionalidad franco-argentina, hijo del poeta español exilado Arturo Serrano Plaja, es un gran conocedor de la historia social y política de España así como de su literatura moderna y contemporánea. Actualmente es catedrático de

Civilización Española Contemporánea en la Universidad de la Sorbona —París IV—. En el *Nacimiento de Carmen* pone de manifiesto su habilidad para abordar los temas de historia cultural, que para el caso español desempeña certeramente ayudado por una proximidad y

conocimiento de lo español compatible en su caso con la visión desde fuera de España.

El nacimiento de Carmen se añade a los libros que el autor dedica al estudio de la España contemporánea, y de esta nación en su relación con América Latina y con Francia. *El final del Imperio*, *El turno del pueblo* —sobre las consecuencias de la independencia cubana—, *La puesta española* —que trata la actitud de los comunistas franceses ante la Guerra Civil del 36—, *Más se perdió en Cuba* —contribución al volumen colectivo sobre el 98—, *1900 en España* —del que es coordinador junto a S. Salaün—..., hasta llegar al libro que aquí reseñamos, en el que confluyen historia social e historia cultural para explicar la construcción del imaginario nacional español «con su correlativo universo de mitos, símbolos, ritos y emblemas». Serrano se suma a la línea de investigación que pretende «examinar cómo se fue formando ese mundo de signos de que las memorias han hecho su capital simbólico». Toda nación, en su sentido contemporáneo, se construye de esta forma desde finales del siglo XVIII, con símbolos que se emplean como materia prima para consolidar una identidad nacional que movilice a unas masas cada vez más participativas. Símbolos que constituyen «las unidades semánticas básicas del proceso de construcción nacional». *El nacimiento de Carmen* se ciñe al caso español empleando un

método válido para cualquier otra nación del mundo.

Tras la introducción nos encontramos con el capítulo que da nombre al libro y que, pese a ser el primero y bautizar la obra, desmerece en comparación con los otros excelentes doce apartados. Algo farragoso, contrasta con el resto de capítulos, en los que encontramos ingeniosos análisis de los elementos —por otra parte bien imbricados en el esquema del libro— que forman parte del capital simbólico español: topónimos, monumentos, banderas, escudos de armas, himnos, canciones, días nacionales, obras teatrales. El primer capítulo es un estudio sobre nombres de mujer que han quedado como los más típicamente españoles, de entre los que Serrano destaca en el título el de Carmen. Las Dolores, Inmaculadas y otras advocaciones de la Virgen María se empezaron a utilizar tímidamente por motivos religiosos en el siglo XVI. Las necesidades de la Contrarreforma no fueron suficientes para hacer triunfar de manera amplia estos nombres. Hasta las primeras décadas del siglo XVIII no arranca claramente su popularización, y sólo en Andalucía. A finales de ese siglo empieza a extenderse su uso por Castilla y un siglo después llega al norte de España. Al centrarse en un solo nombre propio, Monserrat, el segundo capítulo resulta algo más clarificador que el anterior y, sobre todo, de lectura menos complicada. Queda claro que el bautizar a las niñas catalanas

con ese nombre no se pone de moda hasta los últimos años del siglo XIX, y si así ocurrió fue por presiones del Vaticano, al ser esta una de sus maniobras ideológicas contra el liberalismo, aunque que acabó sirviendo a los intereses del catalanismo.

Uno de los símbolos más visibles de una nación es la bandera, y en el caso de la española más todavía, ya que Carlos III la eligió rojigualda por razones de visibilidad: de entre todas las que le presentaron era la que mejor se distinguía a grandes distancias. No sabemos si fue o no casualidad que el soberano, de entre todos los colores llamativos que le propusieron, eligiese justamente los de la bandera de Aragón. En cualquier caso Serrano nos describe de forma amena el proceso por el que una de las más antiguas banderas utilizadas por un Estado nación, pasa de ser símbolo de la libertad y la democracia —primer tercio del siglo XIX— y por otras sucesivas etapas, hasta acabar manchada de autoritarismo por la utilización que de esta tela se hizo durante los 39 años de franquismo. La perspectiva del capítulo es amplia y también se recogen referencias a otras banderas españolas: la tricolor, la senyera, la ikurriña, la de la CNT-FAI... La lectura de este capítulo demuestra, en cualquier caso, la discusión que casi permanentemente se viene produciendo en torno a la rojigualda.

En la línea del anterior, el capítulo dedicado a los himnos no

se queda sólo en un análisis de la *Marcha Real* o *Marcha de Granaderos* desde su origen hasta la actualidad. Serrano se preocupa de himnos de comprobada transcendencia en España: el himno de Riego, *La Marsellesa*, *La Internacional*, *Els Segadors*... En su análisis de símbolos nacionalistas sonoros incluye también canciones populares muy reveladoras del grado de *inmersión* españolista al que fueron sometidos los habitantes del país hasta la Guerra Civil: más bien escaso, pues mientras los españoles conservadores cantaban himnos católicos, los de la izquierda entonaban *La Marsellesa*, por poner sólo algún ejemplo de los citados por el autor. Al nacionalismo español le faltaba hasta la música de fondo, pues la confusión de himnos y canciones era grande, tal y como demuestra Serrano. Siguiendo con símbolos que se reconocen fundamentalmente con el oído, el historiador franco-argentino se ocupa también de la Zarzuela, género típico español y muy nacionalista, que aún así no consigue llenar la laguna que supone el carecer de himno con letra. En el periodo de las *guerritas* coloniales —las de la segunda mitad del XIX y principios del XX— el elemento castrense está presente en el género chico de manera machacona, hasta el punto de que son raras las representaciones en las que no aparece en escena algún militar de alta o baja graduación. El conflicto bélico internacional, anterior a

esa etapa de pretenciosas batallas coloniales y, desde luego, de mucho mayor calado, que se acabó conociendo como Guerra de la Independencia, servía a menudo de excusa para elaborar argumentos zarzueleros transmisores de claros mensajes nacionalistas.

Especialmente interesante nos ha parecido el sexto capítulo, dedicado a las denominaciones nacionalistas que se emplean en calles y plazas de Madrid, y titulado *Guerrillas callejeras madrileñas*, en alusión a los frecuentes cambios de denominación que acontecen a lo largo de casi toda la Edad Contemporánea. Son cientos los topónimos nacionalistas de la capital que mutan o permanecen a lo largo de ese periodo, pero la selección del capítulo, aunque muy limitada, permite hacernos una idea nítida de la importancia de esta faceta del proceso de nacionalización de las masas. Carlos Serrano proporciona algunas pinceladas que ilustran cómo «el liberalismo trató de asegurar la apropiación civil del espacio urbano, procurando construir de este modo una identidad política anclada en una toma de posesión simbólica de la ciudad, a través de la imposición de sus nuevos nombres. Se construye de este modo algo que tiene que ver con la formación de la esfera pública [...] de marcar el territorio público con las señas no ya de las figuras tutelares habituales —santos y vírgenes— o de las actividades y quehaceres

cotidianos, sino en función de una historia, pronto convertida en *Historia*. Empiezan a poblarse las calles con los nombres de los nuevos héroes, civiles, jurisconsultos, políticos o militares.» Como en el caso de la Zarzuela, la presencia de los militares es machacona, aunque a diferencia de lo que ocurría en el género chico, los topónimos siempre honran a oficiales de la más elevada graduación, salvo contadísimas excepciones.

Igual de sobresalientes nos han parecido las abundantes páginas que se refieren a otra manifestación de esa simbología urbana: los cuatro capítulos dedicados a los monumentos nacionalistas de Madrid y de algunas otras ciudades españolas. Igual que en el caso anterior, son numerosos los iconos que se erigen por toda España como símbolos del nacionalismo español a lo largo de los siglos XIX y XX. La selección vuelve a ser acertada, al menos para transmitir la importancia del fenómeno de la simbología urbana en la construcción de las naciones. Unidades políticas que podían existir desde hacía siglos como Estados, pero que si aspiraban a constituirse también como naciones, debieron iniciar a finales del XVIII un esfuerzo de inmersión nacionalizadora de sus habitantes a través de distintos medios, uno de los cuales es el que Serrano describe en los capítulos siete, ocho, diez y once. En ellos demuestra el relativo fracaso de

los responsables de liderar esa política iconográfica española y como sólo excepcionalmente se alcanzan los objetivos nacionalizadores pretendidos. Los escasos pero reveladores monumentos que ilustran estos capítulos están documentados con rigor, y tan sólo nos quedamos con las ganas de saber quién era ese «Príncipe de Asturias vestido de General de Brigada» que acompañaba al monarca de 16 años, S. M. Alfonso XIII, «que vestía de Capitán General», durante la inauguración del monumento de Cascorro en 1902. ¿Era la hermana mayor de Su Majestad la que vestía de militar?

Ya hemos hecho alusión a lo acertado del esquema propuesto por el catedrático de la Sorbona, y si entre los capítulos ocho y diez, dedicados a la simbología urbana, intercala uno dedicado al teatro, esto no supone sino un acierto más del libro: la apología del héroe español que Serrano describe en el apartado que se ocupa del soldado de Cascorro y su estatua, tiene su contrapunto en el capítulo que le sigue, dedicado a la obra antimilitarista y antiespañola del dramaturgo y pintor modernista Santiago Rusiñol. El escritor catalán, en un sublime e innovador ejercicio burlesco de propaganda pacifista, ridiculiza unos atributos que pretende propios de los españoles: violentos, poco dados al trabajo y mucho a la bebida y a la mujer del prójimo y, aún así, obsesionados por el honor y la gloria. Frente a esta caracterización del

Héroe español, propone Rusiñol la del austero catalán trabajador, ahorrador y honrado. Tras este contrapunto del Héroe de Cascorro, Eloy Gonzalo, inmortalizado con una estatua en Madrid, Serrano continúa con otros monumentos en honor de glorias nacionales españolas. Igual que desmitifica al soldado que murió en Cuba, pero ni en Cascorro ni de heridas de guerra, pone en su sitio al general Vara del Rey, que si bien puede ser considerado como un héroe de verdad —este militar sí murió en combate— desde luego no era el *amigo* de los cubanos que algunos sectores de la sociedad cubana y española pretendían. Serrano descubre el intento de manipulación de una batalla, la de Caney, que se pretendió utilizar como símbolo de la reconciliación entre la metrópoli y su antigua colonia. Se podía haber conseguido, pero el historiador demuestra las serias contradicciones que impidieron la consecución de tan difícil objetivo. Muy acertado nos parece también el análisis del *Monumento de los Mártires de la Patria*, por ser el ejemplo paradigmático de las dificultades que una y otra vez encontraban instituciones públicas y asociaciones privadas para perpetuar en piedra a las glorias nacionales de España. Cuando no son problemas pecuniarios, son problemas políticos los que generan tensiones y contradicciones que se bastan para devaluar los monumentos, como el caso del inaugurado en Cartagena por un

rey, un republicano y un dictador militar. Antes de pasar a los capítulos más directamente vinculados a la relación entre nacionalismo español y América Latina, los dos últimos del libro, hay que poner de relieve la manera en que Carlos Serrano hace compatible rigor científico y diversión. De los múltiples ejemplos de ironía y sentido del humor con que el historiador ameniza la lectura de este libro, parece buena muestra la que encontramos en uno de estos capítulos de monumentos. Cuando el hispanista franco-argentino analiza la erección de la estatua que Viriato tiene en Zamora, el término *erección* adquiere de manera del todo inevitable doble sentido: la escultura no sólo adoleció de una inauguración poco decorosa, además «mostraba, vista de perfil, a un Viriato afectado de fuerte priapismo».

Los dos capítulos con los que se cierra el libro hacen referencia a símbolos nacionalistas españoles en los que se alude más o menos directamente a Latinoamérica. Así, en el penúltimo capítulo encontramos referencias a *la leyenda negra*, la denominación de *América Latina* frente a otras más *españolistas*, la evolución del escudo de armas..., aspectos que en cualquier caso revelan lo dejados de lado que estuvieron los territorios ultramarinos por parte de las autoridades españolas. El último capítulo demuestra la debilidad del nacionalismo español hasta la Guerra Civil esta vez

analizando símbolos *temporales*: los días nacionales. Igual que en capítulos anteriores no sólo trata los de ámbito estatal —como el 12 de octubre— también hace breves referencias a la *Diada* o al *Aberri Eguna*. Pero esa visión amplia se nota sobre todo, en este capítulo, en las distintas visiones que colectivos diferentes tienen sobre una celebración como puede ser la del 2 de mayo. Serrano explica la versión de los nacionalistas españoles y también la imagen que de esta fecha se tenía desde, por ejemplo, el movimiento obrero.

El autor demuestra ser un excelente conocedor de la España contemporánea, especialmente del periodo de tránsito del XIX al XX, lo que le permite exponer con inteligencia e ironía la precariedad de la construcción nacional de este país. Además de reflexión, proporciona al lector materiales empíricos que prueban de manera irrefutable el hecho de que son los patriotas los que construyen la patria y no la patria la que alumbra patriotas, tanto en el caso español como en el de cualquier otro nacionalismo del planeta. El estudio que nos ofrece Carlos Serrano constituye, en definitiva, una excelente contribución al conocimiento de las naciones y los nacionalismos de todo tiempo y lugar, demostrando lo artificiales y prosaicas que son estas construcciones humanas, tan alejadas de la sacralidad con que pretenden revestirlas los nacionalistas.

JORGE MARTÍNEZ BÁRCENA